

NUESTRA PALABRA

Organo semanal de la Federación de Obreros y Empleados de la Compañía de Tranvías

REGISTRADO EN LA ADMINISTRACION LOCAL DE CORREOS COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE, CON FECHA 6 DE JULIO DE 1923

Epoca 1^a Núm. 26

México, D. F., jueves 20 de diciembre de 1923

6 páginas, 5 centavos

ESTA REVOLUCION NO ES LA NUESTRA

Muchos de nuestros compañeros, principalmente aquellos que poco conocen las luchas societarias, guiados por el afán de ver pronto realizadas sus esperanzas de emancipación, y dejándose llevar por el natural entusiasmo que provocan siempre las revoluciones, aun cuando éstas sean, como la presente, de carácter político, se forjan en la imaginación mil ilusorios castillos, con la perspectiva de que al triunfo de dichas revoluciones, sus anhelos de liberación quedarán satisfechos.

Afortunadamente, para gran parte de los trabajadores de México, especialmente para los que militan en las filas de la Confederación General de Trabajadores, las verdaderas tácticas de lucha van grabándose con solidez en sus conciencias, al grado de que, lejos de caer en la ceguera de esperar su bienestar de las revoluciones políticas, procuran apartar a sus hermanos de las maquinaciones que en contra de su libertad fraguan los caudillos de tales revoluciones.

Con escasas excepciones, ningún grupo de obreros se ha apresurado a empuñar las armas para hacer triunfar a tal o cual personaje que aspira al poder.

Grande es el derroche de verbosidad que se ha hecho para persuadir a los trabajadores de que deben tomar participación en la actual contienda armada; mucho el dinero que, tanto el gobierno como el jefe de la revolución, han gastado con objeto de

allegar prosélitos a la causa de su ambición.

Y, sin embargo, los trabajadores permanecen fríos, reservados y atentos al movimiento.

Y es que en su conciencia se va paulatinamente grabando la realidad de su situación.

Es que saben que cuando la revolución triunfe, volverán a erigirse los fatídicos supremos poderes del Estado, y el inmoral principio de autoridad volverá a regir.

Es que comprenden, por un instintivo conocimiento de las cosas, que cuando el régimen gubernamental se restablezca, volverán a la vida cansada y azarosa de la esclavitud y la miseria.

Preferen mejor permanecer expectantes ante la encarnizada disputa de los que pretenden dominarlo y absorberlo todo.

Preferen hacer acopio de ex-

periencia, para cuando sean ellos los que hagan la revolución.

No es, pues, la actual insurrección la nuestra. No es la revolución presente la que ha de traer el bienestar general del pueblo.

Será, sí, una revolución como todas las habidas en México, tendientes todas a modificar la forma de oprimir mejor al proletariado y de ampliar más las garantías para los poseedores del capital.

Una revolución, en fin, que en nada mejorará la triste condición de los trabajadores.

La revolución nuestra será, por lo tanto, la que nosotros mismos hagamos; la que en nuestros propios cerebros hayamos incubado, y de la que nosotros, conscientes de nuestras acciones, sabremos hacernos responsables.

Una verdadera transformación social será el fin único de esta

grande y definitiva revolución.

La abolición completa de la propiedad privada, origen de todas nuestras desgracias, será el primer paso que el pueblo dé.

La implantación de nuevos métodos de vida, la repartición equitativa de los bienes comunales, y, en fin, la fundación de una nueva sociedad libre, cuyas bases descansen en los incommovibles cimientos de la justicia, en el amor y la fraternidad, será la labor de todos los revolucionarios que ansien la verdadera libertad.

Esta es, pues, la revolución a la que debemos aprestarnos, a la que debemos encaminar a todos nuestros compañeros, y en la que debemos poner todo nuestro empeño, pues será la única que vendrá a poner fin a nuestra actual situación, de desigualdades e injusticias.

JESÚS MENDEZ.

Actitud que Asumimos Ante las Asonadas y Revueltas Políticas

Ya que es la nota del día en esta región mexicana, así como para contestar a la vez a tantas preguntas que se me hacen acerca de ella, escribo el presente artículo, rogando a la prensa obrera le dé cabida en sus columnas, para mejor orientación del proletariado en general.

Adolfo de la Huerta y el general J. Guadalupe Sánchez, según la prensa diaria, se han levantado en armas en el Estado de Veracruz, y el general En-

rique Estrada ha hecho otro tanto en el de Jalisco. El objeto de dichos levantamientos, o mejor dicho, asonadas, puesto que ambos son llevados a cabo con elementos del ejército federal, es el de encumbrar a De la Huerta a la primera magistratura de esta nación. Con ello queda bien definido que dichos movimientos armados son netamente políticos.

Todas las preguntas que se me hacen de diferentes regiones de este país,

pueden condensarse a una sola, como sigue: ¿Debemos los trabajadores tomar parte en ese movimiento, o en cualquiera otro encaminado a encumbrar al poder a alguna persona?

La respuesta es negativa. Mientras que a los trabajadores no se nos moleste ni se nos provoque, ocupémonos ateniéndolo solamente a nuestros propios asuntos de clase.

Para nada nos beneficia a los trabajadores que suba al poder fulano o que

Copiar de la pag 3 "Discurso pronunciado en S. L. P. en favor de los presos de Texas"

sean zutano o mengano. Cualquiera que sea el gobernante, por más obrerista o rojo que se denomine, o por mejor intencionado que sea hacia nosotros los trabajadores, por la misma investidura oficial que tiene está incapacitado para efectuar nuestra emancipación. El círculo de hierro legal dentro del cual tiene que moverse dicho gobernante, le permite, a lo sumo, expedir leyes más o menos beneficiosas —según su criterio— al proletariado. Pero esas leyes, en la práctica, son contrarias a nuestros intereses, porque aunque con ligeras reformas, dejan en pie la verdadera causa de nuestros males: la desigualdad social, política y económica. Y, además, tales leyes sirven de adormideras a los trabajadores inconscientes, hacen que éstos esperen que les caiga el Maná del cielo, cuando sus manos creadoras lo producen; con lo que se prolonga el sistema inicuo de explotación del hombre por el hombre.

Por lo tanto, nada debe importarnos a los trabajadores quien suba al poder o quien baje de él, desde el momento en que no es del Estado, no es de arriba, de donde vendrá nuestra emancipación. Nosotros los de abajo somos los únicos, por propio interés, que debemos conquistarla, sin esperar engaños que nos ayudarán a nuestros extraños a nuestra propia clase.

En consecuencia, no debemos mezclarnos en asuntos políticos de ningún género, y, mucho menos, prestarnos a servir de carnada y aun derramar nuestra sangre por intereses que no son nuestros. Los que tengan empeño en subir al poder y hasta disputárselo a balazos, que ellos lo hagan en propia persona. *Nuestros compromisos políticos, sin preocuparnos más que de nuestros propios asuntos y problemas por resolver.*

No es cambiando gobernantes como nos salvaremos los trabajadores de la odiosa explotación de que se nos hace

objeto entre las garras de nuestros amos. No es reformando y parchando las presentes instituciones como lograremos emanciparnos. No es remendando leyes ni creando otras nuevecitas y flamantes como conseguiremos ser libres política, social y económicamente, sino destruyendo por completo el sistema capitalista e implantando el comunismo libertario, dentro del cual todos tengamos asegurado el derecho de trabajar sin amos explotadores y de gozar del producto de nuestras fatigas, para que así tengamos asegurado, también, nuestro derecho a vivir como seres humanos, para no seguir vegetando como simples bestias de carga, a cuya condición estamos reducidos bajo el odioso sistema presente.

Dejemos toda política a un lado; dejemos a los políticos matarse entre ellos mismos si en ello encuentran provecho o placer; sigamos nosotros adelante, preocupándonos solamente por encontrar la mejor manera de alcanzar nuestra propia emancipación.

Para nada necesitamos la política. Gobiérne quien quiera.

Lo que nos importa es seguir organizándonos, fortalecer más nuestros sindicatos, extender nuestra propaganda por todas partes, hacer mayor conciencia de clase entre todos los productores y luchar, no por reformas estúpidas que más nos perjudican que benefician, sino por un cambio completo del despiadado sistema social en el que sufrimos miles de necesidades a pesar de que somos los productores de toda la riqueza social existente sobre la tierra entera.

Somos neutrales en las contiendas políticas. PERO SI INJUSTAMENTE SE NOS MOLESTA Y SE NOS PROVOCAN, PAYAMOS ENTONCES, SI, EN BUENA HORA, A CONQUISTAR NUESTRO DERECHO A VIVIR, ARREGLANDO CONTRA TODO Y CONTRA TODOS; PERO NUNCA A EFECTUAR UN SIMPLE CAMBIO DE CADERAS.

ENRIQUE FLORES MAGON.

A los Miembros del Grupo Libertario "Nuestra Palabra"

Me dirijo a vosotros, camaradas, a los que han sabido sostener la publicación de este periódico; a vosotros, detestados luchadores que en los momentos más críticos para la Federación, salisteis a su defensa, haciendo de este semanario el portavoz de vuestra justa indignación en contra de nuestros enemigos, y cuyo uso se ha hecho sentir en el Capitolio de Gante, así como también vuestra labor en pro de nuestras ideas libertarias, ha ido a llevar su contingente a las organizaciones obreras del mundo.

No desmayéis, camaradas, en vuestra benéfica labor; sería lastimoso que, después de haber aparecido consecutivamente 26 números de NUESTRA PALABRA, tuviera que suspenderse nues-

tra dulce arma de combate. ¡No!... ¡Nunca!... Este vuestro no morirá, a pesar de las maquinaciones de nuestros enemigos. No importa que hayan caído los camaradas Altamendi, Méndez, y sigan cayendo otros más, porque vendrán otros; muchos camaradas hay que están dispuestos a seguir en la brecha hasta no conseguir tarde o temprano la emancipación de los trabajadores en general.

Este periódico revolucionario, no constituye ya sólo ser órgano de la Federación de Tranvías, sino que dará cabida en sus columnas a la colaboración de todos los compañeros identificados con nuestras ideas.

Este periódico es el único que no ha muerto al nacer; el único que existe

y existirá en contra de lo que se haga para destruirlo; él seguirá señalando los inicuos procedimientos de nuestros enemigos, porque jamás claudicará.

Compañeros del Grupo Libertario, vuestro sacrificio no ha sido estéril; vuestro dinero, que a costa de tantos sudores ganáis, no se ha visto defraudado; hasta hoy se ha cumplido y se seguirá cumpliendo con el compromiso que hemos contraído con los trabajadores para no dejar morir esta publicación.

A vosotros, miembros del Grupo, os toca hacer propaganda entre los compañeros que creáis simpatizadores de las ideas libertarias, para que se suscriban como miembros del Grupo y contribuyan con su óbolo, a fin de darle más vida a nuestro periódico y aumentar el tiro de ejemplares.

Camaradas del Grupo Libertario, alma de la Federación de Tranvías, de vosotros depende la vida o muerte de nuestra prensa. Seguid como hasta hoy en vuestra obra revolucionaria.

José T. GAONA.

COMUNISMO Y ANARQUISMO

El comunismo no puede ser utopista. El comunismo será libertario, es decir, anarquista, o no será comunismo.

Comunismo es el conjunto de seres humanos que por medio de asociaciones libres buscan la mayor felicidad común posible, donde todos y cada uno, fraternalmente, en igualdad de condiciones contribuyen al mayor desarrollo progresivo de la comunidad. El lema es: todos para uno y uno para todos. En el orden económico cada uno dará según su capacidad y recibirá según sus necesidades, y en las relaciones sociales, la base no podrá ser otra que el libre acuerdo, esto es: la anarquía, donde la libertad de cada uno se complementa en la igual libertad de todos, pudiendo así desenvolverse libremente, para la solución de todos los problemas necesarios, los diversos temperamentos y aspiraciones de cada uno. Y como dijera Malatesta, la necesidad misma de las cosas y el deseo común de estar bien todos, hará que se llegue al acuerdo libre para todos. Esto surgirá únicamente cuando no exista ya el gobierno, que significa la violencia; y donde el espíritu fraternal, sin la imposición del hombre sobre el hombre, libre y armónicamente, hará factible el desarrollo de todo lo benéfico y necesario al mayor grado de satisfacción y bienestar para todos.

Entonces sí, la ansiada por todos los oprimidos revolución social, ha de traer la igualdad y el bienestar. Al realizarlas no deberá, ineludiblemente, olvidar el principio de libertad, ya que

es este factor supremo el que impulsa al pueblo a derrocar a sus tiranos en substitución del principio nefasto de la brutal autoridad.

La revolución, al tiempo de derrocar el gobierno y la burguesía, deberá abolir la propiedad privada, poniendo en manos de todos el patrimonio común, organizando por su propia iniciativa la producción y el consumo; efectuando el intercambio de los productos directamente; rigiéndose los hombres por sí mismos, en libre acuerdo, no admitiendo más patrón ni gobierno, no reconociendo más que la libertad y la igualdad, aboliendo las clases y todo privilegio y autoridad del hombre sobre el hombre; iniciando así la sociedad libre sin gobierno ni gobernados, sin explotados y explotadores.

Nada de jerarquía, nada de distinción, ni mayor recompensa por variación de cerebro o complejón, nada de desigualdad en el goce de los frutos entre el técnico y el peón, el intelectual y el manual. Nosotros, comunistas anarquistas, gritaremos siempre: todo para todos.

Si es verdad los oprimidos se organizan y luchan para discutir toda desigualdad y toda injusticia, todo privilegio entre los hombres, no debe ser para crear al otro día de la revolución nuevos privilegios, nuevas desigualdades, nuevas autoridades, nuevos gobiernos, llámense éstos como se quiera.

La revolución social abolirá todo principio de gobierno, todo principio de autoridad. Si se empieza por una dictadura aunque la llamen proletaria, el espectro de la opresión se alzará de nuevo; la facción o partido o grupos que ejerzan la autoridad, se constituirá en clase con privilegios opuestos a las masas y los mantendrá por todos los medios, iniciando así un nuevo régimen de desigualdad donde ellos serán los opresores y el resto de los hombres serán los oprimidos y explotados.

Por la autoridad se irá a la autoridad, pero nunca a la libertad.

Que después de la revolución, caído el gobierno y hecha la expropiación se necesitan todavía gobiernos nuevos, órganos de autoridad y jefes que tomen en sus manos la sociedad porque hay que cuidarla y defenderla. No.

Lo que se necesita después de esto es buena voluntad para cooperar al bien humano y olvidarse de llegar a ser jefes y gobiernos para traicionar al pueblo, encadenarlo, ultrajarlo y explotarlo.

Caído el capitalismo y el Estado o iniciada la nueva sociedad bajo el principio de la igualdad y la libertad, los hombres no precisarán más jefes ni gobiernos; regirán libremente sus destinos.

Lo que precisa después de la revolución es que al bienestar de todos corresponda el esfuerzo, la voluntad y el concurso de todos, y no confiar a nadie, en nombre de la autoridad, el desarrollo de la misma.

Los autoritarios son los verdaderos enemigos de la revolución social, éstos podrán matarla y ultrajarla como en Rusia, pero nunca ampliarla y empujarla para que alcance el mayor progreso posible la libertad y la igualdad. ¡Sólo por medio de la libertad irá a la igualdad y a la libertad!

ENRIQUE CHIHATTI.

20 Dic 1923

3

Compañera, Mujer...

Y bien, mujer, compañera, me dices que has entrevistado algo, como si un descubrimiento subjetivo te esfumara por un momento horizontes ocultos al vagar del espíritu.

Pleno de regocijo como si esta mañana clara e inundada de luz, te ofrezco estas líneas que quiero lleguen serenas, tranquilas y transparentes a la fuente límpida de tu corazón.

No es posible que tu alma de mujer rechace las armoniosas notas de un canto eterno, que se mece y resuena en el corazón de los hombres buenos, de los hombres libres.

Imposible que no se eleve y vuele a la par de ese canto de rebeldía y de amor, el vuestro, vuestro canto anunciador de una aurora que tñe la faz de la tierra.

No es posible que el instinto de madre, de santa madre, que hay en ti y que palpita ante la sonrisa de un niño, no reconozca, no adivine en el ambiente, saturado de promesas fecundadoras de un mundo nuevo, la alegría, la esperanza, la inquietud de un cercano alumbramiento.

Inquietud que ha enriquecido su gran correntada que enroscas sus aguas y sacude sus flancos buscando ansiosa su cauce, su libertad, con todos los hombres de buena voluntad que han presentado, que ven ya el rayar de una aurora espléndida.

Y es también el apoyo vuestro, mujeres, compañeras, el que puede alentar con decisión esa humana inquietud ideal.

Y es a tu lado, que quiere tender el hombre esa escala de ascensión del espíritu que inquieto busca su oriente.

Parciera que una rara emoción llamara entonces a reflexión sincera, profunda y serena de lo que nos rodea.

Personas, cosas y hechos, son como si aparecieran renovados ante nuestra vista, como si una luz nueva los descubriera con tonalidades extrañas, transformadas esencialmente.

Cuando ese misterio se revela triunfador en el espíritu, una honda emoción, como un potente revolver de aguas tranquilas, despierta en nosotros las hasta entonces ocultas vistas de nuestra alma, y vuela la frivolidad, y asombrados, descubrimos el simplismo atormentador y la desconcertante planura de la vida burguesa que llevamos.

Vida cuyo polo es el agio, como conviene a fariseos, a quienes ya ni siquiera apasionan sus menadas patrias, con las que se llenan la boca, pues sólo les sacude el espíritu un cerdo gordo o un cargamento de carnes congeladas.

Emoción, inquietud, que pone en tensión a nuestro yo, que descubre en nosotros valores descuidados, y nos sume en algo inexplicable que abre

los ojos del alma y les da un mirar raro, de nuevo brillo.

Mirar extraño aquel de los ojos del espíritu, como si estuviera ante un misterio, raro mirar de nuevo resplandor que nos sorprende íntimamente, con la misma sorpresa que nos embarga cuando atravesamos lugares nunca visitados de un bosque o de una serranía.

Tiene un alto valor esa inquietud para el desarrollo integral de la personalidad. Nos conduce a respetar en su entera armonía las manifestaciones más variadas del hombre.

Es ese raro despertar, tal el nacimiento de una facultad desconocida en nosotros, o como el hallazgo de una riqueza preciosa que llevábamos oculta y que pronto alzamos, el que esperamos ver levantarse bien alto sobre vuestras palmas, como un tesoro de claridades que descubriréis un día en vuestros corazones, mujeres, compañeras, madres, hermanas,

Porque queremos los anarquistas ver en ti a la mujer, a la compañera digna, responsable, consciente de su pensar y obrar, por eso son nuestros afanes, con todas sus asperezas, pero también con las grandes satisfacciones de un camino recorrido y las eternas inquietudes inestables que despiertan los caminos a resorrer.

Es reflexión seria, altaera y serena lo que falta a vosotras; las que queráis darle un norte a vuestros espíritus prisioneros.

Es un poco de vuelo, un poco de libre juego a vuestras facultades explotadas, más buena voluntad, la que puede sacros a encontrar un amanecer de esa noche de desprotección y de infantilismo en que miráis sin ver, sin comprender.

Porque deseamos ver en vosotras—mujeres, compañeras que nos habéis espiado desde el cautiverio de prejuicios y vanas ostentaciones en que acaso os habéis sentido esclavas— más armonía, menos fealdad en vuestros espíritus, lucharemos tesoneros, incansables, como herreros sobre un yunque, hasta que el duro metal informe y toscos de la anarquía eleve su canto en la perfección inacabable de los espíritus.

Más ejercicio del sentido de responsabilidad, que os lo han sustraído, más corazón y más afán de encontrar el «tesoro escondido», la senda obstruida de donde se sale un día para hallar, como en un claro de bosque, la luz transparente y pura que inosa el corazón y nos conmueve en una emoción de esombro.

Es la luz transparente, el nuevo brillar que ante los ojos del espíritu, cerrados hasta entonces, ha aparecido, como un misterio que se descubre, como algo virgen que esos ojos ven, como si nuestra alma tranquila hubie-

ra encontrado su centro de equilibrio y desde él expiara un extraño paisaje.

Extraño paisaje de las cosas, personas y hechos que nos rodean, cuya significación ha cambiado sustancialmente.

Y de ustedes, compañeras, mujeres todas que nos miráis con prevención desde vuestros cautiverios, esperamos que parta el toque del amanecer en vuestras mentes; tratad de tocar fon-

do en los espíritus donde se oculta la pepita de oro perdida de una fuerza olvidada, virgen, potente y sana que puede conducirnos al «claro» del bosque en que duermens rendidas las potencias de vuestra alma.

Y seréis entonces, cada vez más y mejor, «la compañera», la mujer libre del hombre libre.

M. A. ANGUEIRA.

DISCURSO PRONUNCIADO EN SAN LUIS POTOSI EN FAVOR DE LOS PRESOS DE TEXAS

Compañeras y compañeros trabajadores:

Cuando crucé la línea divisoria entre México y los Estados Unidos del Norte, un triste pensamiento dominaba mi cerebro y un dolor profundo oprimía mi corazón. Salía de la prisión; pero dejaba tras de mí, en el presidio, muchos hermanos nuestros, sufriendo toda clase de torturas en las Bastillas norteamericanas. Los veo con los ojos de mi imaginación, martillo en mano, quebrando piedras; en el surco, meditando, detrás del arado; bajo el suelo, arrancando carbón en la mina; sentados en el piso del calabozo, con los codos en las rodillas, sosteniendo entre sus manos su estómao calenturiento, meditando y triste; pensando . . . pensando . . . pensando tal vez en los suyos, en el día de su libertad. . . o que un repentino cambio, en el presente sistema de injusticias con el pobre, vaya a libertarlos del ambiente de opresión en que viven.

Cientos de trabajadores inocentes se encuentran en estos momentos sufriendo torturas y privaciones infinitas en las Bastillas de la América del Norte. Su crimen? Es el crimen de todos los desheredados de la tierra; el crimen de haber nacido pobres. Es el crimen de todos los hombres de conciencia honrada, como Sócrates, y de todos los valientes y justicieros, como Ricardo Flores Magón. Es el crimen de la víctima contra su verdugo, del oprimido contra el opresor; es la lucha de la oveja contra el lobo que la tritura entre sus garras.

Libertar a todos esos camaradas es nuestro deber de obreros conscientes en la lucha de clases. De nosotros depende su libertad. ¿Cómo conseguirla? Iniciativas no han de faltar entre las distintas uniones obreras a las cuales estáis afiliados en vuestra lucha contra el capital.

Nuestra solidaridad debe hacerse sentir de algún modo con esos compañeros; no importa cómo, ni importa tampoco que nuestra acción sea simultánea y uniforme: lo que importa es que esa acción de protesta se haga oír y sentir como el cataclismo de un vol-

cán de indignación en contra de los verdugos de aquellos compañeros nuestros.

Se dirá que presos por cuestiones de la lucha en contra del presente sistema burgués existen en todas partes del mundo, en los Estados Unidos del Norte, así como en México, el Japón o la China.

Es cierto todo eso. Pero si nuestra acción libertadora no podemos hacerla sentir en todas partes al mismo tiempo, hagámosla sentir en alguna de ellas cuando menos. Vuestra acción dependerá de la concepción más o menos amplia que tengáis de vuestros ideales de justicia en la lucha de clases. Uno podrá exigir, por ejemplo, la libertad inmediata de todos los presos por cuestiones sociales en todo el mundo, o en los Estados Unidos solamente. Otros podrán concretarse a exigir al gobernador del Estado de Texas la libertad de nuestros mártires Jesús N. Itagud, Abraham Cisneros, Charles Cline, Pedro Perales, Jesús González y Louarjío Vázquez, quienes están sufriendo sentencias injustas desde 25 años a la vida, desde hace más de once años, por el solo hecho de haber cruzado la línea fronteriza para realizar en México nuestros ideales de libertad, amor y justicia.

Esa falta—de carácter enteramente político—por haber violado una ley burguesa que se llama de neutralidad, prescribe una sentencia máxima de uno a dos años de presidio. Pero sucede siempre que esa misma ley, cuando es violada por uno de los nuestros, es un crimen imperdonable, mientras que es impunemente violada por filibusteros ricos cuando esas expediciones armadas marchan de genero con los intereses de la burguesía.

En presencia de la misma estatua de la Libertad en Estados Unidos, frente al Capitolio de Washington, se han armado expediciones filibusteras para invadir países débiles como Santo Domingo y Cuba; a la república de Colombia para quitarle, por la fuerza, Panamá; las invasiones a las varias pequeñas repúblicas de la América

Angueira

Central, como Nicaragua; la expedición armada desde Douglas, Arizona, para invadir México y proteger al norteamericano Green, dueño de la mina de Cananea, Sonora, contra la huelga de mineros mexicanos en 1906; las expediciones armadas con el pretexto de arrestar a Francisco Villa, y las anteriores de Texas, Tampico y Veracruz.

Pero los ideales de este grupo de valientes compañeros nuestros, presos en el Estado de Texas, iban encaminados al derrocamiento de la burguesía en México. Venían a orientar el movimiento revolucionario de modo que beneficiara, por igual, a todos. Venían a implantar los sublimes ideales de paz y bienestar por los cuales murieron tan valientemente Praxedis G. Guerrero, Ricardo Flores Magón y el modesto campesino revolucionario Emiliano Zapata.

Su bandera era universal, representaba los intereses de todos los desheredados de la tierra; la completa abolición del dolor y la miseria en todos los hogares del pobre.

Si hubiera conciencia y honradez en los que se han enriquecido y actualmente gozan de prebendas y de vida cómoda y regalada con los «frutos» de la Revolución, esas personas deberían de ser las primeras en adelantarse a exigir la inmediata libertad de Bangui y compañía; porque el pan amargo que aquellos infelices compañeros comen y las torturas que sufren bajo el látigo del esbirro, representan el bienestar y las riquezas que esos burgueses actualmente disfrutan.

Pero no hay que esperar nada de esas sanguijuelas del pobre, cuyas riquezas y bienestar están manchados con el sacrificio de nuestros mártires y con la sangre de los obreros que murieron en los campos de batalla. Antes bien, estos burguesillos verán con terror la libertad de nuestros hermanos.

A nosotros toca salvarlos, porque es deber de los obreros hacerlo. Ellos no piden ni suplican a nadie que los saquemos de la cárcel. ¡Oh, no! Ellos han sido y son bastante dignos para no implorar compasión de nadie. Es deber nuestro sacarlos de los calabozos de la burguesía yanqui.

Trabajar por su libertad es mostrarlos solidarios, es cooperar por la libertad de nosotros mismos. Su permanencia detrás de las rejas en las Bastillas norteamericanas es degradante, es humillante para nosotros mismos, y una afrenta para nuestra dignidad de hombres.

¡A la obra, compañeros! ¡A libertar a nuestros presos, y que nuestra acción de enérgica protesta surja del fondo de nuestros corazones como un grito de rebeldía de nuestras conciencias!

LIRIADO RIVERA.

IMPRENTA MUNDIAL

7a. Rosa, 162 - Tel. Eric. 131-26 - México

¡PIDO LA PALABRA!

Un afán terrible de «exponer» ideas invade el campo anarquista de tal modo, que parece poco menos que imposible sacar la consecuencia verdadera de la doctrina: la consecuencia fundamental.

Tarea ingrata es sondear la causa inicial de esta tremenda crisis que amenaza arrollarnos como factor colectivo, social y humano, y, no obstante darnos cuenta de ello, no demostramos el menor asomo de interés en hacer frente a esa crisis.

Veamos las causas. En primer término juzgo muy fuera de lugar el expresivo fenómeno de esa sobre insensata de «manifestarnos» entre nosotros, pues lo hacemos en términos tan poco afables, tan discordantes, tan ingratos, que a través de toda discusión trasluce la malicia acerbada, la crítica injusta, el tónico mordaz y tortuoso, la indirecta punzante, mortificante... inhumana y baja....

Un insulto no nos ofende, despertando en nuestro espíritu un sentimiento de dignidad; nos molesta, y, en caso extremo, nos fastidia.

Un gran hastío espiritual, una profunda decadencia del sentido moral, nos vuelve indiferentes, nos aseque a los unos de los otros, divorciándonos de colectividad, rompiendo el equilibrio necesario para realizar la labor de conjunto; somos una unidad dispersa.

Aquella lógica y natural sencillez en el razonamiento de los hechos, aquel sentido de responsabilidad en las acciones, aquella conducta honesta y elevada en nuestras relaciones comunes, que debe ser el ideal inmediato de todo buen compañero, es hoy una lamentable utopía.

Una ola de insubordinación insensata nos lleva como pelotas lamentables hacia todas las corrientes circunstanciales.

Hemos perdido casi, de nuestro espíritu, la grata sensación, el punto de partida de nuestras ideas, el principio inicial de nuestra bondad proverbial: la visión objetiva, que hemos sacrificado a las pequeñas incidencias de los hechos actuales.

En una o muy pocas palabras: somos insensatos, groseros, injustos, ignorantes, pesimistas u optimistas inconscientes...; es que nos doctoramos en sociología cuando hemos leído un periódico anarquista, o hemos formado parte de la junta de un sindicato... y estos trances son para quienes pelean el título desde la orilla del océano de la historia, sin empezar la historia, sin bañarse de lleno en el océano rojo y terrible de la historia. ¡Experiencias históricas!

¡Qué cosa tan triste es escuchar una discusión en estos términos!

Un engarce de simplezas y de insultos, da la plena sensación de nuestra decadencia moral, la medida exacta de nuestros conocimientos.

Creo haber hablado de insubordinación... y dudo al escribir esta palabra, pues veo ya el comentario y el tónico libertario celarse despiadadamente sobre ella.

Eso para Juan Llanudo! La subordinación para los amos!

Perdonadme; he caído en el defecto capital de ensartar una simpleza, y vuelvo la hoja para no ofenderme a mí mismo.

Sejas respetarte; respetarás a los demás y serás respetado.

La autoridad verdadera, la autoridad moral, es una suma de inteligencia, de bondad y de sentido de responsabilidad.

La verdadera libertad, la libertad del espíritu, es la «subordinación» a estas leyes de la convivencia, de la concordia y del respeto sincero, callado, modesto, cualidades todas que empiezan en nosotros, los hombres, cuando empezamos a dudar de nuestras pasiones y refinamos empeñada lucha con la apostosa verborrea que dispara en orden a las ideas y atropella audazmente (que la audacia alcanza ambos extremos: el extremo barbaresco y la extrema estupidez) la ley del mutuo respeto, sin tener la más pequeña cuenta en la honradez del compañero ni en la amistad del amigo. Es necesario estar por debajo de toda rectificación. Ya lo dicha.

FRANCISCO PEÑA.

Barcelona.

PINCELADA

Un castaño; un verdugo; un rey; un cura; una cruz; un piquete; un gran gusto; una mujer borracha; un sol de estío; arris, azul; abelja; gran agresta.

Un redoble, una voz que pide, inaptes, sarcástico perdón; un rostro umbrío, impaciencia, silencio; un golpe limpio. Un hacha ensangrentada; alguien que jura.

Un crimen sin vengar; otro, vengado; la barbarie aumenta su coque; el fiel de la justicia, estropeado; la ignorancia, más firme, más derecha; el delito, más torpe, más osado; la lógica del mundo, satisfecha.

E. GUANYABENB.

Los boeyes van al matadero, pero no aligen el carnicero que les ha de sacrificar; los hombres, más bestias que las bestias, aligen los tiranos que les han de esclavizar y los administradores que se han de quedar con la mayor y mejor parte.

Dice Kropotkin que los advenedizos son los peores enemigos. Y es la verdad, pues el Estado burgués, hijo de la revolución que abatió al feudalismo, es hoy un Estado con todos los vicios, con todos los defectos humanos del señor feudal, pero aun más malvado, más tirano.

NUESTRA PALABRA

ORGANO DE LA FEDERACIÓN DE OBREROS Y EMPLEADOS DE LA COMPAÑÍA DE TRANVÍAS DE MÉXICO, ADHERIDA A LA CONFEDERACIÓN GENERAL DE TRABAJADORES

Se publica el jueves de cada semana

OFICINAS:

SAN JUAN DE LETRÁN, 34
(Segundo piso)

Teléfono Ericsson 90-70

Administrador:

Jesús Méndez

Dirección: Apartado postal 1056

EL MAYOR PELIGRO

El peligro de todas las revoluciones radica en el autoritarismo. El amor a la libertad y el odio hacia el dominio existe en todas las esferas sociales, porque es condición de la misma vida propender hacia un mayor desarrollo físico, moral e intelectual; desde luego que este amor a la libertad que profesamos y sentimos los anarquistas, difiere enormemente de la interpretación «libertaria» que dan a la sociedad burguesa y gobernantes de todo género. Para nosotros, la libertad es el fundamento ético que ha de regir las relaciones sociales, y de aquí se desprende que si combatimos la tiranía, es con el fin premeditado de no tiranizar, a nuestra vez, a nadie, mientras que los privilegiados, los gobernantes, si sufren por la dominación mutua existente entre los diferentes gobiernos y empresas industriales, es porque aspiran al dominio absoluto, al mayor grado de tiranía.

Como se ve, el deseo de no ser dominado por los demás anida en todo ser humano, pero se manifiesta en la vida social bajo dos aspectos: instintivo, tratando de sacudir la opresión de los demás con el propósito de imponer la propia, en unos; y producto de una idea moral que tiende hacia la supresión de todo principio de autoridad a fin de que todos sean libres, en otros. La primera es patrimonio de todos aquellos que en una forma u otra alimentan la idea de gobierno, llámese éste comunista o Estado sindical, y la segunda es exclusiva de los anarquistas, que son los únicos que anhelan la libertad, toda la libertad para la especie humana y bregan continuamente en tal sentido.

Entre los primeros hay algunos que, aun denominándose anarquistas tienen

a la libertad, y parecen estar convencidos de la imposibilidad de vivir la vida en la época actual; poco razonadores y pesimistas en grado sumo, creen que la libertad ha de convertir a los hombres en lobos si desaparece la autoridad de unos sobre otros. Pero cómo se concibe que a mayor suma de bienestar — que lógicamente ha de traer la libertad — corresponda mayor grado de perversidad en los hombres? No sería proclamar las excelencias de la tiranía, cosa que no podemos hacer nosotros porque contemplamos claramente los desastrosos efectos de la autoridad en todos los órdenes de la vida humana. (Cómo creer a la vez, en el desarrollo, expansión y perfección de la vida, y en el aniquilamiento de la misma? Si decimos que toda autoridad es una fuerza que constriñe la vida impidiendo su libre desenvolvimiento, debemos colegir que la libertad es necesaria para la manifestación floreciente de la misma, y que, por consiguiente, las relaciones sociales serán más cordiales y los hombres más buenos al desaparecer todo vestigio de autoridad.

Cesen, pues, los timoratos de progonar el miedo a la libertad, porque el peligro está en los hombres que no conciben o no quieren la practicabilidad de la vida libre realizada por el mismo pueblo. Si en las revoluciones

habidas hasta la fecha no se ha llegado a la libertad integral de los pueblos (al menos política y económicamente hablando), se debe a que de las mismas filas revolucionarias salieron los hombres programadores que fabricaron el molde para la vida social, sin querer comprender que las necesidades de los pueblos son múltiples y que los pseudodirectores que pretenden imponer su criterio uniforme, no hacen otra cosa que colocar la piedra angular sobre la que ha de descansar el nuevo edificio autoritario.

Por las razones antedichas, creemos firmemente que el pueblo es capaz de vivir la libertad una vez abatido el poder estatal; y a nuestro juicio, los mayores peligros, los más grandes obstáculos para la materialización de nuestros postulados libertarios, son los que le hablan al pueblo del cuco de la libertad y se arrojan la dirección del movimiento revolucionario, cuando éste no precisa más dirección que la emanada del genio creador del pueblo.

Cuando el río revolucionario salga de madre, empujados de los que quieren encauzarlo hacia un determinado mar programático, porque serán los encauzadores, y no el pueblo, los únicos que constituirán el peligro para la practicabilidad de la vida libre.

FRANCISCO MARTINEZ.
Chabás, Argentina.

CONTRA UNA DESVIACION

Algunos anarquistas que quieren pasar por listos, nos dicen: «Si queremos ser capaces de hacer algo, tenemos que hacer abstracción de nuestras ideas personales y adoptar un programa que permita la unión de una mayoría.»

Poco más o menos así discurren aquellos de los nuestros que se han pasado al socialismo con el pretexto de que en éste hay el número que permite hacer algo.

No deja de ser esto un error en que incurren los tales, puesto que en el país los socialistas autoritarios son una minoría y que, como vulgares anarquistas, todo su trabajo en el Parlamento se resume en hacer qué? Pues crítica, esta simple crítica de la que, según ellos, no sabemos salir los anarquistas.

¿Por qué detenerse en el socialismo? ¿Por qué no llevar el raciocinio hasta sus conclusiones lógicas? ¿Por qué no hacerse radicales? Así, solamente así, podrían hallar con qué formar una mayoría. Únicamente que, empero, hay un peligro, y no despreciable por pequeño. Y es que

mientras el nuevo partido no pasare de la teoría, mientras se ocupara sobre todo de reclutarse, todo iría perfectamente. Pero el día en que quisiera hacer algo, entonces brotarían las diferencias que paralizarían toda acción, dislocando todo el trabajo de concentración.

Querer conciliar mayorías sobre programas únicos de acción, es una quimera. Hace tiempo que la experiencia debería habérselo demostrado. Las mayorías no se constituyen sino sobre programas lo bastante anodinos para no asustar a nadie.

Mal que les pese a estos que se llaman y sin duda se creen anarquistas, he de hacerles una pregunta: ¿Cómo concilian sus ideas de libertad, de iniciativa y de autonomía con su aceptación de la dictadura?

«Es que — nos dicen — no será más que temporal. Forzoso nos será obligar a la masa estúpida a que acepte el nuevo estado de cosas, lo cual no dejará de ser para su bien.»

¡Toma! ¿A quién habrá oído descarrir de este modo? ¡No dicen otro tanto todos los que desean apoderarse del poder! «La comprensión — agregan — no debe durar sino lo preciso para habituarse los individuos a aceptar el bien que se les quiere hacer. Es porque el

Biblioteca de NUESTRA PALABRA

oficiales, sino a animarlas con la propia exhibición, a iluminarlas con los destellos de la futura alegría, a darlas animación y vida con el desborde del propio entusiasmo.

No se celebra una fiesta religiosa en que la mecánica sucesión de los días del calendario señalase con la precisión matemática del reloj el nombre de un santo o de un mito que nada decía ya a una multitud influida por la propaganda atea y librepensadora; no se tributaba tampoco un recuerdo a aquellas glorias nacionales en que la razón sólo considera batallas y victorias que, tanto como pudiesen ser beneficiosas para el orgullo de los vencedores, eran desventajosas y humillantes para los vencidos; allí se glorificaba lo que antes y siempre habíase considerado como vil, a pesar de que a ello debían la vida colectividades e individuos; se honraba el trabajo y esto con carácter universal; porque todos sabían que en todas las naciones, lo mismo en los grandes centros de actividad que en las poblaciones secundarias; en todos los idiomas del mundo civilizado se profirió este sacrosanto grito: ¡Viva el Trabajo!

Sabían que algunos intentaban quitar espontaneidad y animación a aquel grandioso espectáculo, reservándose para organizar una manifestación el próximo domingo, pero esos mismos que con el pretexto de un meaquino oportunismo querían quitar grandiosidad al movimiento, se vieron arrastrados por la corriente general, faltaron al trabajo aquel día y se lanzaron también a las calles.

Las valedoras del pacto de las ocho horas, sin previo acuerdo, pero con espontaneidad espontánea, salieron en corporación casi a la misma hora de sus respectivos domicilios sociales y se dirigieron por las vías principales a la plaza central de la ciudad, y aunque no llevaban ningún distintivo, fueron conocidas y saludadas por la muchedumbre.

Al una masa compacta de hombres que apareció formada de entre en contra, fue reconocida como la Sociedad de Albañiles.

¡Vivan los obreros albaniles! — gritó la multitud, prorrumpe en una salva de aplausos.

JUSTO VIVES, Novela por ANSELMO LORENZO

Se sintió poseído de ardiente amor por aquella joven, a quien un muchacho vorropido por el goce de riquezas adquiridas por la explotación, destinaba a ser lanzada al abismo de la deshonra, después de haber servido un instante de instrumento de una pasión infame. Ya no basta que el trabajador se vea despojado de su parte en los bienes que la naturaleza ofrece espontáneamente a los hombres, sin límite, sin tasa alguna, sin excepción de razas, naciones ni categorías; ni que se halle destinado a perpetua ignorancia en medio de ese progreso científico acumulado por el estudio y la observación de todos los pensadores pasados y presentes; ni que quede reducido a la penosa esclavitud del jornal y a la privación de los más elementales derechos, aunque hipócritamente se le declara ciudadano en las constituciones políticas; ha de ser, además, ultrajado y vilipendiado en sus más nobles sentimientos, y ha de contemplar con estúpida pasividad cómo los poseedores del dinero se atreven a todo y ante sus envilecidos esclavos se dan el carácter de amos.

Jacinta observaba a su hijo y deseaba conocer la causa de aquella abstracción que le dominaba, y visto que su anterior tentativa no había dado resultado, le instó de nuevo, diciendo:

— Cuanto más grave sea lo que suceda a un hijo, más derecho tiene su madre para saberlo. Cuando dos personas se hallan unidas por sentimientos e intereses como los que a nosotros nos unen, no tiene una de ellas el monopolio de sus penas ni de sus alegrías particulares, sino que han de sentir en común. Yo veo que te aflige una pena y reclamo mi parte en ella, tanto para aliviarte como para darte algún consejo que acaso te abra nuevas vías y dé solución favorable.

— No es que haya querido, madre mía, guardar con usted inútil reserva, sino que necesitaba yo mismo conocer la extensión del dolor que me abruma. Yo he visto esta tarde insultado el trabajo por unos mozalbetes que fundan su soberbia y sus vicios en una riqueza formada con nuestro sistemático despojo; he oído a uno de ellos, el hijo de mi burgués, manifestar el deseo de seducir y aban-

pueblo no está aún bastante maduro para la libertad, que queremos abolir la autoridad.» He aquí una cosa que hace siglos y siglos que está diciendo: cada gobierno que se sucede repite que no quiere más que el bien general y que está dispuesto a retirarse ante la voluntad general cuando ésta «se manifiesta», es decir, cuando una nueva revolución lo eche a la calle. ¡Para cuándo, pues, dejamos la anarquía!

Los que así desprecian la «masa» son unos individualistas sin saberlo. No son «super hombres» y no harán la revolución a pesar de la «masa» y a su pesar todo contra ella. Para que una revolución tenga éxito, es necesario que la opinión pública esté preparada para aceptarla. Que no se me haga decir ahora lo que no digo. No pretendo de ningún modo que para que sea posible una revolución social es necesario que la mayoría sea revolucionaria. No. Pero es necesario que se haya hecho un trabajo de propaganda tal, que la opinión pública, si no llega a ser activa para hacerla, esté por lo menos preparada para recibirla y mezclarse en ella después.

Los anarquistas deben mezclarse entre la multitud para enseñarle sus reivindicaciones, para habituarla a

obrar por sí misma, pero deben tener sus propias agrupaciones donde discutir y preparar los movimientos de opinión. De este modo podrán resistir a las causas de desviaciones que podrían surgir tomando parte en otros movimientos.

JUAN GRAVE.

Francia, 1920.

LA DISCIPLINA

A cada manifestación humana que se salga en algo, por más pequeño que sea, de lo que marca lo estatuido en la carta orgánica del Estado, del partido, o de las instituciones, se saca a relucir la disciplina. Se dice de ella que es la seguridad mayor para el buen juego de las relaciones humanas dentro de la sociedad, de las relaciones partidarias dentro del partido o de los asociados dentro de las instituciones.

El orden social, la cohesión de las masas partidarias, que se quiere mantener con la disciplina, no significan más que la obediencia a la ley, en un caso, y en el otro, la obediencia a los jefes, cuya voluntad es la única ley.

La cohesión y el orden que la disciplina establece son de hierro. En ellos todo es rígido, antinatural. Todo im-

pulso espontáneo se siente restringido, y la acción, la iniciativa y la expansión naturales de los hombres se ven coartadas en sus manifestaciones. La disciplina, como una esclavitud que es, niega la vida y la acción, que tienen que romper las ligaduras a que la disciplina las sujeta, para manifestarse libremente, y establecer el verdadero orden, la verdadera armonía, la verdadera cohesión.

Los jefes de partido, lo mismo que los hombres de gobierno, saben que el peligro para su situación está en la indisciplina, la desobediencia a su mandato. De ahí que traten de tener todo bajo su orden, que nada se haga sin su consentimiento, pretextando para ello que es necesaria una dirección única y coherente a falta de la cual las aspiraciones del proletariado se verían seriamente perjudicadas. De esta manera se procura atar la acción del pueblo, cuyo empuje se quiere contener con la consabida frase: «No es el tiempo oportuno todavía. Hay que esperar la voz de orden y no comprometerse en acciones desorientadas que perjudican en vez de favorecer; hay que ser disciplinados a la dirección del partido para salvar su cohesión y sus prestigios.»

Son muy otros los prestigios que quieren salvar los que luchan: los prestigios de la vida. Esta quiere romper

todo orden forzado, toda disciplina, destruir la autoridad de los jefes, para establecer la armonía social, el verdadero orden, en la libre expansión, desarrollo de los sentimientos y de las acciones, y en la espontaneidad de las relaciones sociales. Para ello rompa las cadenas, se levanta contra toda disciplina y magnifica al hombre afirmando en la libertad.

Los políticos de antaño, aquellos que gobernaban ateniéndose al mandato de una propia y exclusiva personalidad, decían que eran los elegidos por la voluntad divina. Los políticos de nuestros días para legitimar su intrusión, invocan la voluntad popular.

La huelga, por muy conscientemente que sea aplicada, siempre perjudica a los mismos trabajadores ajenos a la misma. Este ligero lesionamiento debe hallar amplia recompensa en la magnitud de la belleza de la lucha llevada a cabo por los hermanos huelguistas.

Cuando se gobierna un Estado se principia por uno mismo, por hacer su comodidad, su reputación, su interés; el pueblo se arroja como puede; ¿quién sabe el necio qué se tomará la molestia de gobernar, velar cada día y noche por que los demás durmieran descansados?

Biblioteca de NUESTRA PALABRA

donar luego a una niña inocente, y creo que eso mismo ha hecho brotar el amor en mi corazón. Aquí tiene usted explicado en breves palabras ese algo extraordinario que ha notado al verme.

Jacinta, que conocía bien el carácter enérgico e inflexible de su hijo, vio en aquella sencilla relación el principio de una pasión avasalladora, lo que, complicado con las cuestiones de trabajo, anunciaría un período de luchas y peligros, por lo que dirigió a su hijo algunas recomendaciones prudentes, inspirándole tranquilidad y esperanza.

IV

El Primero de Mayo

El día 1º de mayo no acudió nadie al trabajo. Fábricas y talleres estuvieron cerrados todo el día. Desde las primeras horas de la mañana una multitud vestida para llenar las calles y se dirigía a los sitios céntricos, con el ánimo cada cual de ser espectador del extraordinario acontecimiento sin darse cuenta de que por esto mismo se daba en espectáculo a la categoría de actor. Veíase en todos los semblantes expresión de alegría y notábase como los primeros síntomas de entusiasmo de origen desconocido. Los amigos se saludaban con efusión que la ordinaria, estrechábanse la mano más afectuosamente; los desconocidos se hablaban con cierta franqueza que a las palabras tomaba el aspecto de intimidad. Se presentaba como génesis de algo extraordinario: muchas inteligencias inspiradas por una sola idea, infinitos corazones latiendo a impulsos de un mismo sentimiento forman un estado moral colectivo, precursor de grandes acontecimientos, a semejanza de aquellos estados naturales, mejor expresados por los poetas que por los naturalistas, que preceden a las grandes manifestaciones de la potencia de la naturaleza.

Fiesta sin programa era aquella, pero por lo mismo animada en extremo.

No acudía la gente a las calles a oír músicas, a admirar arcos colgaduras ni a presenciar el ya gastado repertorio de los feste-